

Angelus y Regina coeli

Rebeca Reynaud

Todos los días, en algún lugar del mundo dan las doce –por el movimiento de rotación de la tierra- y se reza el *Angelus* sucesivamente. Al rezar esta oración centrada en la encarnación del Verbo, nos sumergimos en la contemplación del misterio de Cristo.

La costumbre de contemplar el anuncio del ángel Gabriel a María de Nazaret (Lc. I, 26-38) influyó en las comunidades cristianas de los primeros siglos en la comprensión del misterio de la encarnación. Dan fe de ello las aportaciones de los Padres, tanto orientales como occidentales.

El origen del *Angelus* data del tiempo de las Cruzadas, en los siglos XI y XII, cuando los cristianos marchaban a reconquistar Tierra Santa, se encomendaban a la Virgen rezando tres Avemarías por la mañana, al mediodía y al atardecer. Más tarde se introdujeron las jaculatorias que recordaban el momento más excelso de la historia. Durante el tiempo pascual se reza el *Regina coeli* (Reina del Cielo). Es decir, de Pascua a Pentecostés se reza el **Regina coeli** en vez del Ángelus, para recordar la alegría de la Virgen al ver a Jesús resucitado.

El *Ángelus* se reza a las 6 de la mañana, a las 12 (mediodía) y en la tarde, a las 6 p.m. La costumbre de rezar en estos tres momentos de la jornada es muy antigua.

En el **judaísmo**, se recitaba dos veces al día la profesión de fe conocida como Shemá Ysrael (escucha Israel), posiblemente a causa del texto del Deuteronomio 6,7 y 11,19: "Repetirás estas palabras (de la Ley) a tus hijos, las dirás lo mismo en casa que cuando vayas de camino, cuando te acuestes y cuando te levantes". No es una mera plegaria, sino un acto de fe y de reconocimiento al Dios salvador que se ha manifestado en los acontecimientos de la historia. Es como el credo israelita, y formaba parte de la liturgia oficial del Templo y de la vida privada.

En el siglo **XVI** se introdujo la costumbre de separar las tres Ave María con tres versículos, tal como se hace ahora en el rezo del Ángelus. Esta fórmula está documentada por primera vez en un catecismo impreso en Venecia en 1560.

El Papa **Pío V** hizo insertar en 1571 esta misma fórmula en el Oficio de la Virgen, aprobado por él, introduciéndola bajo el título "Ejercicio cotidiano". La fórmula adquiriría así un carácter oficial. La oficialidad del Ángelus, si es lícito hablar así, recibe una confirmación definitiva en el Ceremonial editado en 1600 por orden de Clemente VIII.

A finales del siglo XVII en Francia se rezaba en todas las iglesias: "no hay familia cristiana que no rece el Ángelus cuando oye tocar las campanas. Creo que no hay necesidad de exhortar a los cristianos para que lo recen, ya que esta práctica está bien establecida y observada en todas partes". (Bocquillot).

En 1724, **Benedicto XIII** concedió indulgencia plenaria a los fieles que, al tocar la campana y de rodillas, rezasen el Ángelus, exhortando a pedir al Señor por la paz y la concordia entre los príncipes cristianos y la liberación de las herejías.

Pío XII favoreció la práctica del Ángelus al mediodía, rezándolo él mismo con sus visitantes peregrinos. El mismo Pío XII, al inaugurar la Radio Vaticana el 11 de febrero de 1958, con el rezo del Ángelus a mediodía, volvía a proponer esta oración a los fieles.

Finalmente, el **Papa San Juan XXIII**, cuando empezó a impartir la bendición apostólica los días de fiesta, decidió colocar antes de la bendición la oración del Ángelus, uso que adoptaron luego sus sucesores, hasta que se hizo una de las citas de oración tradicionales del obispo de Roma con los fieles romanos y peregrinos.

En la exhortación apostólica "Marianis cultus", de Pablo VI (1974) exhorta a "mantener la costumbre de este rezo, donde y cuando sea posible". Entre sus características se señalan: "Su estructura sencilla, su carácter bíblico, su ritmo casi litúrgico que santifica momentos diversos de la jornada, su apertura al misterio pascual, por lo que, mientras conmemoramos la encarnación del Hijo de Dios, pedimos ser conducidos por 'su pasión y su cruz a la gloria de la Resurrección" (n. 41).

El **saludo del Ángel dirigido a María**, Hija de Sion, es una invitación a aquel gozo mesiánico que en otros tiempos dirigieron los profetas a Jerusalén.

La virgen de Nazaret, en nombre de Israel, es invitada a alegrarse; porque al tomar carne en su seno, el Hijo de Dios viene a la Hija de Sion, pone su morada en medio de ella como rey de la nueva casa de Jacob.

Al anuncio del Ángel corresponde el silencio meditativo de María, silencio que se abre al deseo de una comprensión más amplia. María será como una nueva Arca de la Alianza, porque llevará en su seno al Hijo de Dios.

El **fiat** de María manifiesta un gozoso deseo de colaborar con lo que Dios quiere de ella. **S. Bernardo** dice: " El ángel está aguardando la respuesta. Señora, también nosotros esperamos esa palabra tuya de conmiseración (...) Responde ya, oh Virgen; que nos urge (.....). Mira que está a la puerta llamando el deseado de todos los pueblos (Ap. 3,20). (San Bernardo de Claraval, *De laudibus Virginis Matris*, IV 8 (PL. 183, 83-84).

Oración conclusiva: "Quien dice encarnación dice cruz. El hacerse hombre es para el Verbo, en un sentido muy misterioso pero igualmente real, un anonadamiento, más aún, como dicen otros, un anonadamiento más profundo todavía que el camino que lo llevará a la cruz".

La encarnación va ordenada a la cruz: la salvación se hace redención de la humanidad en la cruz de Cristo. Las instancias de este misterio ya presentes en los versículos del Ángelus se hacen memoria explícita en la oración conclusiva: en ella la encarnación del Verbo abre a la realidad pascual: pasión-cruz-resurrección de una manera ejemplarmente armónica. En el acontecimiento de

la encarnación comenzó la comunión del cielo con la tierra, en el acontecimiento de la muerte-resurrección, somos reconciliados con Dios.

Lo mismo que en la encarnación Dios pidió su colaboración a María, en su designio de amor quiso que esta colaboración se continuase también al pie de la cruz (Jn. 19, 25-27). María, hija de Sión, en la hora de Cristo Jesús se reveló como la mujer, la nueva Jerusalén, madre de todos los que creen en Cristo, presentes todos ellos en el discípulo amado, al pie de la cruz.

La contemplación de la encarnación del Verbo nos ayudará de descubrir la dignidad del hombre. "Al recordar que "el Verbo se hizo carne", es decir, que el Hijo de Dios se hizo hombre, debemos tomar conciencia de lo grande que se hace todo hombre a través de este misterio; es decir, a través de la Encarnación del hijo de Dios! Cristo, efectivamente, fue concebido en el seno de María y se hizo hombre para revelar el amor eterno del Creador y Padre así como para manifestar la dignidad de cada uno de nosotros. Si rezamos con regularidad el Ángelus Domini, esa plegaria debe influir sobre toda nuestra conducta. No podemos rezarla solamente con los labios, no podemos repetir la plegaria del Ángelus Domini y al mismo tiempo actuar en contraste con nuestra dignidad humana y cristiana."

La Virgen María es el modelo que tenemos que imitar para acoger este don de manera eficaz. Fijemos nuestra mirada por unos instantes en Ella. Ante el anuncio del Ángel descubrimos en Ella una actitud de fe profunda que se abre al anuncio del Ángel, y esta actitud de fe está unida a una profunda humildad que se traduce en una aceptación generosa de la voluntad de Dios. María abraza la voluntad divina con la más sincera decisión y el más intenso y puro amor. La aceptación completa está acompañada de una entrega absoluta.

A nadie como a María se entregó Dios tan abundantemente, pero tampoco criatura alguna comprendió como María la grandeza del don divino, ni fue como Ella tan fiel depositaria y adoradora. Por eso María como Madre de Dios y Madre nuestra es la mejor maestra, la mejor pedagoga que nos enseñará a abrirnos al misterio de Cristo, su Hijo y hacerle un lugar cada vez más relevante en nuestras vidas.

El historiador y catedrático francés Louis Baunard. Baunard narra de Pío IX que contemplando el mar agitado de Gaeta escuchó y meditó las palabras del Cardenal Luigi Lambruschini: "*Beatísimo Padre, Usted no podrá curar el mundo sino con la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción. Solo esta definición dogmática podrá restablecer el sentido de las verdades cristianas y retraer las inteligencias de las sendas del naturalismo en las que se pierden*".

Regina coeli.

V. Alégrate, Reina del cielo; aleluya.

R. Porque el que mereciste llevar en tu seno; aleluya.

V. Ha resucitado, según predijo; aleluya.

R. Ruega por nosotros a Dios; aleluya.

V. Gózate y alégrate, Virgen María; aleluya.

R. Porque ha resucitado Dios verdaderamente; aleluya.

Oración: ¡Oh Dios!, que por la resurrección de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, te has dignado dar la alegría al mundo, concédenos que por su Madre, la Virgen María, alcancemos el gozo de la vida eterna. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

“El ser humano que se detiene, y tiene tiempo para Dios, es la respuesta adecuada ante el Dios que tiene tiempo para el ser humano” (Bruno Forte).